

Cuatro pensadores porteños: Lagarrigue, Finlayson, López y Gandolfo

ROBERTO ESCOBAR*

Este año se ha querido evocar todo el pasado del puerto de Valparaíso. Uniéndose a diversos homenajes, la Sociedad Chilena de Filosofía recordó a cuatro filósofos porteños, tres de los cuales fueron miembros de ella.

Se quería destacar lo que Valparaíso significa dentro de los diversos elementos míticos de nuestra identidad cultural: no sólo lugar marítimo, inicio y fin de los viajes, ciudad lejana con la cual soñar, urbanismo singular y abigarrado y —diría yo— “capital de la parataxis”, sino que también, y por encima de lo demás, centro de reflexión y pensamiento.

Valparaíso era naturalmente un centro intelectual, más ayer que hoy, y eso precisamente fue lo que se quiso destacar el día sábado 4 de octubre, en una sala de la Universidad de Valparaíso, repleta de público del puerto y de

**Roberto Escobar Budge*: Licenciado en Filosofía y compositor de música. Autor de 61 partituras musicales, con tres discos LP y una cassette con sus obras. Especializado en Sociología. Ha sido Vicerrector de la Universidad Técnica del Estado, actual Universidad de Santiago; Director del Departamento de Sociología y Antropología de la Universidad de Chile (1981-84); Presidente de la Asociación Nacional de Compositores; Director del Conjunto de Música Moderna. En la actualidad es Presidente de la Sociedad Chilena de Filosofía, profesor titular de Filosofía en la Universidad de Chile y miembro del Instituto Chileno de Geopolítica. Ha dictado cursos en las universidades norteamericanas de Missouri y Columbia. Autor de los siguientes libros: *Teoría del chileno*; *Filosofía en Chile*, *Músicos sin pasado* (1971); *Música compuesta en Chile entre 1960 y 1968*.

Santiago, donde se recordó a Juan Enrique Lagarrigue (1852-1927), Clarence Finlayson (1913-1954), Rafael Gandolfo (1912-1982) y Luis López (1911-1976).

Por cierto que son cuatro direcciones divergentes del pensamiento. El analizarlas conjuntamente ya es un pequeño retrato del panorama intelectual chileno; cada pensador es un propio origen y fin, ¡no se le reconocen ni maestro ni seguidores!

Lagarrigue vacía su inquietud civilizadora y su deseo de bien público en el pragmatismo criollo —que singularmente refleja en forma ingenua y propia el positivismo racional y científicista de Comte—, y se transforma en el principal difusor del pensador francés en Chile.

Hacia el fin de la vida de este porteño, brillante y activo, político y pensador, nacen con escasa diferencia de fechas: Luis López, arquitecto y filósofo, analista de estructuras artísticas y lógicas; Rafael Gandolfo, sacerdote y filósofo, equilibrando su “gran anhelo” entre Eros y Thanatos, y Clarence Finlayson, poeta y filósofo, lanzando la verdad de la filosofía cristiana como un desafío al mundo y penetrando hondamente en el sentir de América.

Todos ellos fieles a Valparaíso dieron, allí y desde allí, su palabra y su espíritu que resonó y aún resuena lejos del puerto. Quienes han sido eco de sus pensamientos se reunieron para traer nuevamente su presencia y su vitalidad.

Rafael Gandolfo fue el primero en el orden del homenaje, con una triple presentación de María del Solar: Gandolfo, *erótico*; Gandolfo, *trágico*; Gandolfo, el hombre del *gran anhelo*.

Erótico, en el amplio sentido del término, el amor que crea y que da; el que puede volar hacia afuera de la obscuridad de los sentidos y vencer la muerte.

“Ese Eros que lo guiaba a fecundar el alma de aquellos que lo rodeaban, pues ese entusiasmo que suscitaba lograba vencer aun nuestra pequeñez y temor ante cimas y simas, para eludir el vértigo de lo que no conocíamos y quedarnos, quietos y tranquilos, en el cerco protector de la limitación”, según lo puntualizó María del Solar.

Trágico, en cuanto reveló la lucha de un alma, equilibrado entre el ser y el no-ser, al decir Gandolfo “un híbrido de alma y cuerpo, en el cual cada parte siente nostalgia de la otra”. Este problema, señala la profesora Del Solar, se produce sólo cuando un filósofo “se sumerge en la corriente viva del pensar” y se hace corazón del proceso, sufriendo su sístole y su diástole en su trágica y misteriosa función; sólo así puede encontrar —en la nada— la certeza de la presencia del ser.

Hombre del *gran anhelo*, perder para encontrar, encontrar para perder. Como todo gran anhelo, ello debió ser cantado; “para él que cantó —dice Maruja— Eurídice siempre se escapa, pero su escaparse sostiene y acrecienta el anhelo”. Oculto en este enfoque está la naturaleza específicamente musical de Gandolfo; ¿no es, pues, “la filosofía la manifestación más sublime de la música” (Fedón)? Pero es más, la música se nutre de la tensión de sonido y silencio, presencia y ausencia; de la tensión entre sonidos diferentes simultáneos, como lo son las discordantes incoherencias de la vida: En el orden existencial, las estructuras musicales tienen un lugar en la obra póstuma de Gandolfo: “Memorias de la otra existencia”. Allí todo se ordena como en una estructura musical ternaria, con la expresividad de una sonata bien concebida: tres partes de igual longitud, doce capítulos cada una. La primera, “el reino de las sombras”, expone lo somático, lo directamente sensible; la tercera, “el habitante de la noche” y “el caballero andante”, re-exponen la situación como lo psíquico, lo remotamente ideado, estas dos partes que bien resultan ser infancia y muerte, se llaman: “sombras” la primera (—¿obscuridad impuesta?—) y “noche” la última (—¿obscuridad comprendida?—).

Entre ambos se coloca —como el adagio pensativo de una gran sonata— el núcleo de la tragedia: “Eurídice” (Euridiké = la gran justicia).

Todo esto nos evocaron las palabras del homenaje. Pero volvamos a María del Solar, quien nos presenta a Gandolfo en el encuentro —por fin— con un gran anhelo, citando palabras inéditas del gran filósofo y mejor hombre que fuera:

“Oh eternidad, transeúnte escondida detrás de la brizna de hierba, detrás del mar ceñido, detrás del rostro que sonríe, ella nos sonríe, ella nos visita, nos saluda y se recoge, pero ha dejado el recuerdo de una densidad detrás de la fugacidad, de una pujanza debajo de todas las muertes y de una exuberancia de luz debajo de todas las sombras. Y todo eso se ha juntado de pronto en nuestra entraña y el vacío se ha hecho luminoso y sapiente como si fuese capaz de nombrar todo eso de que es justamente vacío. Y de pronto, sin poder rehusarlo, con una fuerza más fuerte que todos los deseos, el corazón se ha identificado con ese vacío y el hombre se conoce a sí mismo como el que es, esa enorme e incurable ausencia”.

A continuación Manuel Atria recordó y presentó el pensamiento de su amigo Clarence Finlayson, segado por una temprana muerte, justo cuando

regresaba a quedarse entre nosotros, luego de haber sido el mejor expositor de la filosofía chilena que hemos tenido hasta ahora, en el extranjero.

La visión trascendental de Finlayson se dirigió al ser a través de agudos análisis artísticos, los que le permitieron descubrir muchos aspectos del alma del mundo americano. Manuel Atria eligió entre la vasta y casi desconocida obra de Finlayson "Dios y la Filosofía" (publicada en el extranjero), sus meditaciones sobre los nombres de Dios, moldeando su exposición, con el mayor rigor, en las ideas del filósofo porteño; en las que resume, "en una unidad trascendente, el saber superior accesible al intelecto humano", según dijo Atria y "también, que, en el orden de nuestra perfección cognoscitiva diluida en la universalidad de la especie, es la esencia lo que determina el conocimiento intelectual de lo real. Sólo por reflexión sobre los sentidos, puede el intelecto alcanzar la singularidad de lo existente".

Sin embargo, santo Tomás ofrece una visión que aleja la inteligencia del orden natural y del discurso humano. Atria señala el desconsuelo que acoge el filósofo Finlayson, quien —poeta al fin— va a confiar en la esencia de lo substancial y que la perfección de Dios incluye, necesariamente, su inteligibilidad para los seres creados.

Sin renunciar del todo a santo Tomás, Finlayson escucha más claramente a Duns Scoto: "Sin la raíz escotista, que asegura la primacía del acto esencial, el pensamiento de Finlayson aparecerá —dice Atria— inconsistente o, a lo menos, confeso".

A continuación citó lo siguiente escrito por Finlayson:

"Respecto a Dios, podemos considerar ausencia metafísica desde tres puntos de vista distintos:

1. Desde el punto de vista de la línea entitativa como tal, de la "esencia" considerada en sí misma en cuanto especificidad.
2. Desde el punto de vista de la naturaleza, es decir, de la esencia considerada formalmente como principio de operaciones.
3. Desde el punto de vista de la superabundancia del ser, de la "gloria". *Quoad nos*, este punto de vista expresa la actividad del ser en cuanto terminativo y terminal, en su sobreabundancia última y por excelencia".

DIOS Y LA FILOSOFIA

Es fácil intuir la raíz escotista de este planteo inicial. Los dos primeros números se ubican en el orden de los problemas metafísicos, en el dominio

teológico de lo puramente metafísico sin apoyo de la ciencia natural en el sentido escolástico de esta disciplina. Pero el punto 3, para el tomista, se sale del dominio de lo metafísico, para entrar en el orden más elevado de la doctrina sagrada. Para el escotista, en cambio, puede servir de acceso a una metafísica más cierta que conduzca, por ejemplo, a afirmar que propiedad principal de la primera sustancia inmaterial “el ser comunicable a tres”.

El gran mérito de Finlayson fue el de tratar filosóficamente el problema de los nombres esenciales de Dios dentro del marco tomista de la analogía del ser, cuando habría sido más fácil a través de la univocidad planteada en el marco escotista.

El trabajo de Finlayson rechaza la Perfección, Bondad, Infinitud, Inmensidad, Inmutabilidad, Eternidad y Unidad como “nombres” de Dios, ya que son sus atributos y por ellos no abarcamos su simplicidad absoluta. Más bien su meditación arranca del misterio *Ego sum qui sum*; para develar el problema de la existencia, encontrándose titubeante ante el dilema de la primacía de la existencia (tomista) y la primacía de la esencia (escotista), Finlayson finalmente nos dice:

“Al hablar de nombres divinos me refiero solamente a los tres nombres metafísicos por excelencia: la existencia, el entender y el amor. Un ser que como el de Dios está colocado en la suprema inmaterialidad expresando la pureza del *act ut sic*, identifica íntimamente su contenido espiritual con su *esse* inicial y esencial, en forma tal que decir que Dios piensa o que Dios existe es la misma cosa. Aquí entre su entender y su existir no ponemos sino una pura distinción lógica o de razón, la que los antiguos escolásticos llamaron *de rationes ratiocinantis*. Tanto el entender como el existir en Dios pertenecen al plano necesario de la esencialidad. Pero cuando hablamos del amor en relación al entender tenemos, y no podemos evitarlo o suprimirlo, una doble formalidad conceptual que, aunque extrínsecamente basada, nos inhibe y no nos permite, en nuestra inteligencia finita, unir en puridad de razón estas dos entidades o aspectos. Nunca nos despejamos del hecho empírico, hecho el más común de todos, que nos señala, con violencia irresistible, en el aniversario de las creaturas, que el existir es de orden factual y contingente, existir que brota de una generosidad libre del amor”.

Atria, por su parte, sintetizó el problema como sigue:

“En Dios todo esto que en las creaturas aparece separado, se realiza en una perfecta identidad trascendental. La razón humana, si quiere referirse a Dios, debe afirmarlo en esa identidad. Cómo existe esta identidad en el misterio de la Deidad, es algo que no podemos conocer por la razón natural. Por tanto, manteniendo la distinción conceptual expresamos distintos nombres de DIOS, que no indican, sin embargo, ninguna composición, y si

como "Existencia Subsistente" formulamos una de sus denominaciones, las operaciones de conocer y amar que son la misma cosa en DIOS, y son la misma cosa que el existir de DIOS y la misma cosa que DIOS, nos entregan otras palabras, "Entender Actualísimo" y "Amor Puro", que, en el misterio de lo divino dicen lo mismo que "Existir Subsistente". Pero, para algunos de nosotros dichos nombres tienen un sentido que satisface mejor su inquietud o su angustia".

El homenaje continuó con Juan Enrique Lagarrigue, reseñado por el vicepresidente de la Sociedad Chilena de Filosofía, el profesor Juan Enrique Serra, y el miembro Agustín Squella, quien es, a la vez, presidente de la Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social, con lo cual ambas sociedades se hermanaron en recordar al influyente reformador social, porteño de nacimiento quien, interviniendo en política fue incluso candidato a diputado por Valparaíso, perdiendo por sólo un voto.

La esencia del pensamiento positivista, como fórmula para conducir el progreso indefinido de la sociedad y las implicaciones morales que conducen a establecer una religión de la humanidad, quedaron claras en las palabras de Juan Enrique Serra, luego complementadas por Agustín Squella, quien acertadamente analizó las diversas posiciones que el propio Lagarrigue tuvo frente a su programa.

La influencia del positivismo en Hispanoamérica ha sido enorme y decisiva en nuestro desarrollo y en nuestra educación, si bien en nuestro continente se aceptó el positivismo con algunos matices liberales y exceptuando la religión universal. En nuestro país fueron Juan Enrique Lagarrigue con sus hermanos Jorge y Luis quienes difundieron en primer término las ideas comtianas; se agregan a ello Valentín Letelier, Serapio Lois y otros; pero el principal inspirador de la interpretación positiva de nuestra realidad fue Lagarrigue. Este homenaje ha sido el primero que se le ha rendido en el país, habiendo pasado casi sesenta años de su muerte.

El problema de positivismo es el de cómo alcanzar el mayor grado de perfección en la sociedad.

La conclusión planteada por Comte es la de aplicar la mayor racionalidad objetiva al conocimiento del entorno, sea éste natural o humano.

Para ello es menester usar los medios del pensamiento físico y los modelos matemáticos; tiene más valor el conocimiento demostrado sin especulaciones, y son más puras y confiables las demostraciones en las cuales la intervención del observador sea mínima y su poder de predicción sea máximo. Según esto, la Astronomía es más perfecta que la Biología.

Pero, y además de sus alcances educacionales, cuyas hondas huellas subsisten aún hoy en Hispanoamérica y en Chile, el propósito de Comte es

perfeccionar al hombre, concediéndole *libertad* sobre lo material a través del conocimiento positivo de la ciencia, porque así se crea un *orden* social, basado en principios morales y justos, para lo cual crea una nueva disciplina: la *sociología*, a través de la cual se hermanarían ciencia y moral, y la humanidad alcanzaría el *progreso*. Para alcanzar el máximo progreso es necesidad abolir toda barrera al entendimiento humano creando una única Religión de la Humanidad.

Lagarrigue vio en este sistema el camino claro para nuestra República, ordenando la educación por la ciencia positiva, la sociedad por el desarrollo industrial y extendiendo el marco moral con una religión que desplazara todas las trincheras entre “pechoños” y “laicos”, las que se agudizan a partir de la victoria en la Guerra del Pacífico.

El pensamiento de Juan Enrique Lagarrigue se publicó en *Bocetos Filosóficos y Literarios* en 1878; *La Religión de la Humanidad* en 1884, la que alcanzó numerosas ediciones posteriores, y *Los desafíos ante la Moral Positiva y la Senda del Porvenir* en 1886.

Serra destacó los valores humanitarios, la acción decidida de Lagarrigue ante los problemas sociales de su tiempo y la participación activa en medidas políticas para resolverlos. La convicción del poder de la razón no lo abandonó nunca, aun cuando, hacia el fin de su vida —como contó Agustín Squella— fue comprendiendo que la creación de una religión única no era una solución sino un escollo que el sentir criollo rechazó, no sólo en Chile sino en el mundo.

Con diversos aspectos de la vida de Lagarrigue, Juan Enrique Serra y Agustín Squella lo hicieron revivir ante los asistentes, presentando un importante panorama de nuestra sociedad, generalmente desconocido.

Finalmente le correspondió presentar el homenaje a Luis López al presidente de la Sociedad Chilena de Filosofía, que esto escribe, y al profesor Renato Ochoa, de Valparaíso.

Al referirse a Luis López, Escobar quiso traer a la memoria de los presentes, no sólo su obra sino sus relevantes condiciones de maestro y a la vez su peculiar personalidad:

“Quienes fuimos sus alumnos recordarán con facilidad la escena siguiente: Luis López entrando a clase de Lógica... bajo, viscerotónico, un terno gris arrugado, el pelo muy corto y en la mano dos libros, los mismos que siempre llevó a clase y que nunca abrió (¿serían tal vez sus talismanes?), luego escribía en el pizarrón: YO EN EL MUNDO, y se quedaba en silencio mirando a los alumnos hasta que alguien dijera algo.

“Es fácil adivinar la desazón que cundía en los alumnos a quienes nunca se les ocurrió leer la página 48 del texto del curso donde esto se explicaba”.

El desafío principal para los alumnos era *comprender* este delgado volumen, con sus apretadas síntesis que ocupan apenas 106 páginas. Es decir, para llegar sano y salvo a la página 48, se requería la mitad del esfuerzo de comprender la estructura del concepto sobre la existencia.

El gran descubrimiento de López consistió en comprender las íntimas condiciones existenciales de las estructuras del arte y la comunicación en relación a la cultura y el conocimiento.

El ser humano puede comprender la proposición YO EN EL MUNDO COMO “naturaleza”, como “proceso” y como “cultura”. Por ello la formulación exacta de la identidad es necesaria para alcanzar la verdad. Para López, los vehículos de comunicación más trascendentes: la palabra y el arte, permiten lograrlo.

“El hombre sabe cosas —dijo—. No es un papel en blanco, ni un espejo vacío. Ve y palpa las cosas. Dice algo sobre ellas. Primero un lenguaje de contacto con él mismo y con el mundo en torno. Cierta sector del Universo a donde mira, queda amarrado como sujeto de sus enunciados; y aquello que ve en tal sector, queda amarrado como atributo o predicado, de acuerdo al nivel de su expresión. Una sonrisa o una mirada, o una actitud, son parte viva de tal lenguaje.

Un encuentro real”.

López supo separar del todo cultural las acciones humanas, la obra del autor, destacando que para comprender el Ideal del hombre en la educación, sólo servirá la personalidad del maestro y, en la cultura, el arte.

Así se unen en su concepto la voluntad con la belleza: Estética-Etica y Etica-Estética. El arte como afirmación del valor, no un proceso de producción comercializable, una ética personal cuya medida es la intensidad con la cual el hombre produce la sabiduría por el diálogo con los vivos. No el hombre de los papeles. No un mundo de papel.

“El espíritu es una realidad concreta y viva —dice López—; no es una momificación en alguna clasificación estadística. Es arte al fin”.

Ilustrado con diversas citas del maestro, Escobar explicó la aplicación del pensamiento existencial de López al análisis de las estructuras poéticas, mediante el mismo ejemplo: el poema *Paquebot*, de Vicente Huidobro; allí destacó de qué manera la formación de López, como arquitecto, le permitía explicar el tiempo mediante el espacio, con diagramas estructurales, que son verdaderos “planos” del poema.

Finalizó Escobar con la síntesis siguiente:

1. El hombre, en cuanto creador, formula en “obras de arte” su encuentro con el Espíritu y la Vida en el Mundo.

2. El hombre, en cuanto receptor, puede encontrar en las obras de arte la “estructura de principios, ideas y normas que dan sentido a la totalidad y a los acontecimientos”.
3. Pero hay que reconocer las cábalas que puedan conducir a estructuras dogmáticas, fetichistas o fatalistas, etc. Hay que detectar las funciones de los elementos de la estructura, y en la lógica de la relación de funciones residiría la verdad, también la belleza de la estructura y, por cierto, su valor.
4. Nada de lo anterior es posible sin la sensación y los sentimientos. La sobreexaltación de la Lógica condujo al causalismo europeo, un camino nada adecuado para explicar el misterioso devenir del mundo americano. El sentido integrador del americano puede, en una obra de arte darnos la clave de la vida.
5. La obra *Análisis Estructural*, de López, es el manual para entenderlo.

¿Por qué López escribió tan poco? —se preguntó el expositor para destacar la desconfianza artística de la definición excesiva que muchas veces, en la filosofía y en la vida, impide con su claridad geométrica ser el vehículo de la verdad.

“El rol de López no era el del tábano socrático, sino la tarea más angelical de quien *enseña, educa y forma* a los demás, para que cada uno —*dentro de sí*— encuentre la verdad”.